



Al terminar el día 21 de agosto de 1967, yo estaba convencido de que la laboriosa crisis de la Universidad Católica había concluido, y que en adelante el cambio se iría dando con celeridad, pero sin tensiones.

El arreglo pactado con alumnos y profesores, y aceptado con disgusto por el rector, don Alfredo Silva Santiago, suponía que una vez que Fernando Castillo Velasco asumiera la prorectoría se establecerían nuevas relaciones entre los diversos estamentos, y comenzarían las reformas.

Con esa confianza me fui a Punta de Tralca, para la Asamblea de la Conferencia Episcopal. Pero la tranquilidad no duró nada. En los diarios y publicaciones del sector conservador comenzaron inmediatamente los ataques en mi contra, con una tergiversación abierta de los hechos. Una de esas noches pintarrajearon mi casa, escribiendo que no era un verdadero cardenal y calificándome de traidor y filocomunista.

Los miembros del Consejo Superior, pese a que habían dicho renunciarían cuando fuesen terminando sus periodos, empezaron a abandonar sus cargos inmediatamente. El único que se retiró antes fue Carlos Vial Espantoso, uno de los seis consejeros de libre elección, que estimó que la toma era inaceptable y que no se podía negociar nada en las condiciones de ilegalidad que habían planteado los alumnos. Los otros consejeros del rector, Julio Philippi, Salvador Lluch Soler, Carlos Infante Covarrubias y Enrique Evans de la Cuadra, dejaron también sus cargos. Y lo mismo hicieron los decanos de Tecnología, Carlos del Solar, de Medicina, Juan de Dios Vial Correa, y (bastante más tarde) de Teología, el padre Jorge Medina.

También renunció Sergio de Castro, el decano de Economía,

que era uno de los centros donde los grupos conservadores y liberales habían puesto con mayor fuerza su impronta. El decano De Castro me escribió el 22 de agosto una extensa carta, que hizo pública, objetando mi fórmula de solución, expresando su desacuerdo con toda la gestión y afirmando que "la palabra interventor describiría mejor que mediador las funciones que usted ha asumido". En ese tiempo, al decano De Castro le preocupaba que la universidad fuese intervenida, incluso por la autoridad de la Iglesia.

Pero tal vez esto, en sí doloroso, habría sido soportable si la UC se hubiese tranquilizado. Sin embargo, la tensión había vuelto a surgir debido a que don Alfredo Silva Santiago no se mostraba dispuesto a aceptar al prorector ni menos a darle facultades ejecutivas. Los decanos renunciados no fueron reemplazados de inmediato, como habían acordado las facultades, ni tampoco se elaboró el presupuesto de la universidad para el año siguiente. Esto último era imperioso, porque había que discutirlo con el ministro de Hacienda, Andrés Zaldívar, quien debía incorporar el aporte del gobierno (cerca de un 60 por ciento) al presupuesto nacional, y enviarlo al Congreso el 8 de septiembre. En vista de esta situación, el prorector Castillo Velasco decidió renunciar si las condiciones originales no se cumplían.

Pero, para peor, don Alfredo también decidió renunciar. Escribió una dolorida carta a la Congregación de Seminarios y Universidades, afirmando que en las condiciones actuales no podía continuar ejerciendo como rector ni como Gran Canciller. La Santa Sede rechazó la dimisión, y el encargado de negocios de la Nunciatura, Angelo Sodano, lo fue a ver para persuadirlo. Después Sodano me

contó que rogó insistentemente a don Alfredo, pero no consiguió nada: él quería irse y, según diría en una carta posterior al Vaticano, no ser partícipe de un acuerdo que le parecía "moralmente inaceptable".

Todo esto se hizo bastante público. El viernes 25 de agosto debí salir de la Asamblea del Episcopado y regresar a Santiago, en vista de que la situación de la UC se hacía insostenible. Me reuní en un gimnasio con más de 400 profesores, y expliqué lo que estaba pasando y cuál era nuestra idea. Los académicos reaccionaron muy bien, y me brindaron un cariñoso aplauso.

¿Cuándo fueron a Castillo Velasco y RSH a ver a Silva Santiago?

El martes 29, mientras en Punta de Tralca la Conferencia Episcopal emitía un comunicado respaldando la solución dada al conflicto, don Alfredo se reunió en Santiago con los decanos dimisionarios y anunció que si las cosas seguían en este ritmo, la universidad terminaría paralizada, pero que él no estaba dispuesto a hacer nada. Uno de los decanos me confidenció después que para algunos esto era un propósito deseable, para mostrar que yo había fracasado.

Ante esta alternativa, el 31 de agosto escribí al cardenal Gabriele Garrone, instando a que se tomara una resolución definitiva, y que, en las presentes circunstancias, ella incluyera la aceptación de la renuncia de don Alfredo, el nombramiento como rector interino de Castillo Velasco y la restitución de los estatutos.

No era un paso individual, sin embargo. El día anterior, al concluir la Asamblea del Episcopado, por decisión unánime

2

se había acordado escribir a la Santa Sede "solicitando respetuosamente se digne concederle al Episcopado chileno el alto patrocinio sobre nuestras universidades católicas", visto que "se ha llegado a gravísimos excesos, sin que pudiéramos evitarlos, con daño muy serio de la Iglesia misma de Chile".

El aspecto más enojoso de todo este conflicto era, por cierto, lo que tenía que ver con la persona de don Alfredo Silva Santiago. Hasta entonces yo tenía con él una muy buena relación y admiraba su intensa vida espiritual; sabía que era un hombre de carácter fuerte, con un elevado concepto de la jerarquía, pero jamás hubiese querido que un episodio como éste lo dañara. En 1968, estando en Roma, un secretario de un dicasterio me dijo que lo lamentable de la reforma era que por ella hubiésemos pagado el precio tan alto de sacrificar a una persona. Le contesté que, dolorosamente, eso era cierto, pero también que en todo momento habíamos querido evitarlo.

El 7 de septiembre monseñor Sodano me hizo llegar un cable del cardenal Garrone. Transcribo su texto: "Esta Sagrada Congregación, muy agradecida por la autorizada y eficaz obra desarrollada por Vuestra Emi-

nencia Reverendísima y por el Comité Permanente del Episcopado de Chile, para solucionar la grave crisis surgida en esa dilectísima Universidad Católica, ruega a V.E., en su calidad de presidente de dicho Comité Permanente, continuar la delicada misión que le ha sido encomendada por la Santa Sede, hasta una rápida y completa normalización de la vida académica y la realización de la reforma de los estatutos. Este Sagrado Dicasterio, frente a la insistencia del Excmo. y Rvdmo. Mons. Alfredo Silva Santiago en mantener su renuncia, nombra rector *ad interim* de la Pontificia Universidad Católica de Chile al profesor Fernando Castillo Velasco, actual prorector de la misma".

Unos días más tarde se restituyó el pleno valor de los estatutos, y en noviembre se realizó el claustro pleno, de donde salieron las tres primeras mayorías para la terna que fue presentada a la Santa Sede: Fernando Castillo Velasco, Ricardo Krebs Wilckens y William Thayer Arteaga.

El Vaticano ratificó a Castillo Velasco y la reforma se inició al año siguiente. En marzo de 1968 la Congregación de Seminarios y Universidades confirió la tución de todas las universidades católicas de Chile a la Conferen-

cia Episcopal y le encargó que ejerciese desde entonces el régimen general de las mismas. Nadie soñaba entonces que sólo cinco años después, los plenos derechos del Episcopado serían conculcados por la intervención violenta de las universidades.

A pesar de todo, la reforma fue uno de los procesos más interesantes que se hayan llevado a cabo en América Latina. Se desarrollaron grandes avances en lo académico y también en el plano de la fe, lo que fue posible gracias a las buenas relaciones entre las autoridades laicas, la Gran Cancillería y el Comité Permanente del Episcopado.

Para los detractores de la reforma, que fueron los mismos que condujeron la UC durante muchos años, ésta se resolvió en una fórmula de dos palabras: caos y marxismo. Cada suceso posterior (desde las elecciones en las facultades hasta la creación de nuevas cátedras) fue interpretado al amparo de esta idea, como si la reforma fuese la culpable de la fuerte politización que comenzaba a vivir el país. Por mi parte, creía entonces, y lo sigo creyendo ahora, que a fines del 67 se abrió uno de los mejores períodos que ha tenido la Universidad.